sondeaban con sus miradas los precipicios, temiendo ya por su vida, ó bien por su libertad; y no sabiendo qué hacerse si se habia perdido. Por fin, entraron otra vez en Jerusalen, acudieron primero á la casa de sus amigos, y despues de recorrer los diferentes cuarteles de aquella gran ciudad, penetraron al último en el templo. Bajo el pórtico en que se reunian los doctores de la ley, estaba un niño que asombraba á los ancianos de Israel; con la profunda sabiduría de sus discursos, y por la esactidud y claridad con que resolvia las cuestiones mas dificiles. Formaban un círculo en derredor de él, y todos se maravillaban de su precoz y maravillosa inteligencia. "¡Es un Daniel ó un ángel!" decian á pocos pasos de la acongojada Vírgen. ¡Es Jesus! dijo la jóven madre, adelantándose por el lado que estaban los doctores. Entonces, acercándose al Mesías con la espresion de una ternura infinita, que se teñia, por decirlo así, de los últimos reflejos del pesar: "¡Hijo mio! le dice con dulzura, ¿por qué haces esto con nosotros? mira aquí á tu padre y á mí que te buscamos llenos de afliccion!"

El niño desaparecia ante el Dios; la respuesta fué por lo mismo seca y misteriosa: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabiais que es preciso que yo me ocupe en lo que toca al servicio de mi padre?" Los dos esposos guardaron silencio; pues que no comprendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesus se levantó y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumision á la voluntad de sus padres, deshizo bien pronto aquella ligera nube. "Pero María conservaba en su corazon todas estas cosas. Y Jesus crecia en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres."

CAPITULO XVI.

MARIA EN LAS PREDICACIONES DE JESUS.

"Dos mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos talentos de nuestra época: el uno mas allá, el otro mas acá de la Cruz." El mundo primitivo, ya en la decrepitud cuando tuvo lugar la mision regeneradora de Jesucristo, presentaba el mas estraño espectáculo, pues que en él lo ridículo se hallaba muy cerca de lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado durante muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1); el habitante de la India divinizaba el Ganges, é inmolaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2); el Egipto, el país clásico de la sabiduría, tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas bulbosas (3); los pueblos desconocidos de la jóven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las ruidosas cataratas (4); por último, los griegos y los romanos, segun su propia confesion, llenaban sus templos de demonios (5); y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que contaban entre sus hijos tantos hombres de un mérito superior, habian divinizado el vicio en sus formas mas asquerosas, y colocado en su olimpo ladrones, adúlteras y homicidas. Conforme á sus creencias eran sus costumbres: la corrupcion, descendiendo como un torrente impetuoso de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba las mas distantes provincias. La Judea, que no habia podido salvarse del contagio del vicio, se iba corrompiendo con una rapidez espantosa: sus dogmas fundamentales no constituian ya su religion, sino una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, en tanto que los delirios de sus rabinos resonaban en la cátedra de Moisés (6).

En medio de esas deplorables aberraciones ¿qué habia de ser la soberbia razon, esa reina de las inteligencias, para quien son un horizonte mezquino los límites del universo, y coloca á los dioses sobre el lecho de Procusto? ¿Dónde estaba su imperio? ¿Dónde habia plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si podia, sin estraño ausilio, reconquistar el terreno que habia perdido, ¿por qué no lo hizo?.... Pero bien conoció que el torrente traspasaria sus débiles diques, é impotente para contenerlo se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos inanimados del cuerpo social, cuya ruina no pudo evitar. Sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: "levántate y marcha".... y se levantó y anduvo.

Desde este dia una nueva raza, curada de todos sus males y lavada de todas sus manchas en la piscina santa, se agrupa en torno de la cruz, que el Hijo de María enarbolara sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta gloriosa revolucion que colocó la caridad sobre el trono, dándole por acompañamiento todas las virtudes; este suceso para siempre memorable, que cambió la faz del mundo y cuyo eco resonará hasta la consumacion de los siglos, tuvo por punto de partida á Nazareth: de lo hondo de aquella cue-

---

1 Los galos paganos del sesto y séptimo siglo, divinizaban á las encinas, encendian antorchas delante de ellas, y las invocaban como si hubiesen podido oirles; las piedras enormes vecinas de esos árboles, participaban del honor que se les rendia.—[*Hist. ecles. de Bretaña*, tom. 4, siglo séptimo.—*Capitul. Caroli Magni*, l. 1, tít. 61.]

2 Véase *Cuadro de la India*, por Buckingham.

3 Bien conocido es el sarcasmo de Juvenal: *O sanctas gentes quibus hæ nascuntur in hortis numina.*—[Sátira 15, v. 10.]

4 Véase *Garcilaso*, lib. 1, cap. 2 y 12.

5 Porfirio, que conocia muy bien los resortes del politeismo, confiesa que los demonios eran el objeto del culto de los gentiles. "Hay, dice, espíritus impuros, engañadores, malvados, que quieren pasar por dioses y hacerse adorar de los hombres. Es preciso aplacarlos, de miedo que no nos dañen. Los unos alegres y divertidos, se dejan ganar con espectáculos y juegos; el humor sombrío de los otros quiere el olor de grasa, y se complace en los sacrificios de sangre."

6 Es una mácsima entre los judíos, que la alianza se hizo con ellos en el monte Sinaí bajo el pié de la ley natural, no bajo el de la escrita. Destruyen la segunda para entronizar la primera, reduciendo toda su religion á la tradicion. Llegó á tal punto esta corrupcion entre los judíos, aun en tiempo de nuestro Señor, que es reprende en San Marcos haber destruido la palabra de Dios por us tradiciones. Actualmente es mayor su error, pues comparan l texto sagrado al agua, y el *Misnah* ó el *Talmud* al mejor vino: demás, dicen que la ley escrita es la sal, y el *Talmud* la pimienta, la canela, etc.

va sin nombre, fluyó el humilde cristianismo, "manantial oscuro, gota de agua inapercibida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar la sed, que un solo rayo del sol habria podido secar, y que hoy, cual el grande Océano de los espíritus, ha llenado la profundidad del saber humano, y bañado con sus aguas inagotables el pasado, el presente y el porvenir." (1)

Ocultos permanecen los medios que prepararon este grande acontecimiento, que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Desde su presentacion en el templo, el hijo de Dios llevaba una vida oculta y meditativa en compañía de su madre y de su padre adoptivo. Esta época, perdida para el mundo, fue sin duda aquella en que pasó la Santa Vírgen sus mas serenos dias; porque la vida no es mas feliz cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino cuando semeja á una corriente silenciosa que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, mirándolo á todas horas, ofreciéndose á él como primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la mas humilde, la mas dócil de sus discípulas, y sometiendo su razon perfeccionada ante la razon superior y la divinidad de su Hijo, María debió ser entonces la mas feliz de las madres! Si alguna vez mientras que Jesus le revelaba el sentido mas profundo de las profecías, encontraba algun pasaje en que se hablase de tormentos venideros, una sombría nube se estendia sobre la casta frente de la Vírgen; mas muy pronto volvia á serenarse su dulce y agraciado semblante. La tempestad estaba todavía lejana, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. ¡Su Hijo estaba allí! y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¡Cuánto se afanaba en servir á su Hijo! ¡Con qué placer velaba noches enteras hilando, tejiendo sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, ese ropaje sin costuras, obra maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde....! ¡Ah! mas entonces *el Señor no habia consagrado aún á su Cristo sino con aceite de alegría.* Compañera del Esposo, la prudente Vírgen del Evangelio, *dejaba que el dia siguiente se proveyese á sí mismo,* "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, animaba su corazon y su espíritu."

Jesus era la perfeccion misma, el omniscio, el tres veces Santo, el Poderoso, el sábio por escelencia; como Dios no podia deber nada á sus criaturas, pero como hombre le debia algo á María. Ella fué quien le inició desde su mas tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y en sus gustos poéticos y sencillos. En esa dulzura paciente é inalterable que supo él adunar á la energía del legislador y del profeta: en esa compasion misericordiosa que calmaba la indignacion del Dios irritado, y hacia de El, el hombre-modelo, el Justo entre los justos, el sostén del pecador miserable: en esa ternura tan buena, tan cándida para con los niños, á los que le complacia tanto acariciar y bendecir durante su mision divina; en esos mil imperceptibles celajes; en esos mil reflejos semi-absorbidos por los rayos de viva luz que alumbran la vida mortal de Jesucristo, se observa la influencia maternal de María (2). Así es como el cielo se perfuma gozoso con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Es indudable que Jesus devolvió á la Vírgen terneza por terneza, y cuidados por cuidados: una mujer de tan noble sangre y de tan elevado corazon, debia ser acatada por todos, y especialmente por un Hijo, por cuyo amor se habia impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, tantos trabajos y sacrificios. Aquel que lleva cuenta en el cielo hasta de un simple vaso de agua fria dado en su nombre, debió guardar con el mayor cariño el recuerdo de las obligaciones que le ligaban á María; y si observamos en el Evangelio que le hablaba menos veces á su divina Madre como hijo que como Señor, es porque se aislaba entonces de toda afeccion terrestre para glorificar mejor á su Padre, cuyo interes colocaba siempre en primer lugar. La Vírgen conocia demasiado la sagrada mision de su Hijo para estrañar que sus palabras fuesen alguna vez severas: aguardaba siempre á que ocupase el lugar del legislador el jóven de Galilea que habia amamantado á sus pechos, y nunca tardaba en ver lograda aquella transformacion: la naturaleza humana concedia desde luego lo que habia rehusado la naturaleza divina.

Prócsimo ya Jesus á cumplir veintinueve años, vino el ángel de la muerte á diezmar la Santa Familia. José, ese patriarca de antiguas costumbres, cuya sumisa fé y cuya sencillez de corazon recordaban á Abraham y á la feliz era de las tiendas; José, á quien el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *Justo*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su hijo adoptivo y su castísima esposa. Lloráronle Jesus y María y velaron con cariño sus frios despojos; los gemidos del viento de media noche venian á mezclarse únicamente á los lamentos de la pobre familia. ¡Con cuánto mayor fausto morian los nababs de Galilea, aunque no tuviesen al inclinar la cabeza para atravesar la puerta baja de la tumba, las magníficas esperanzas del carpintero de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios condujo el sencillo duelo. ¿Qué emperador, qué grande de la tierra ha obtenido jamas honores semejantes?

Al fin, aprocsimóse el tiempo de predicar el Evangelio, y Aquel que Dios destinaba á ser su

---

1 Mr. de Lamartine, *Viaje á Oriente*.

2 *Nel vestire il Verbo d'umana carne non gli diede ella* [la Vírgen] *punto, o di potenza, o di santitá, o di giusticia che egli* [Jesus] *giá da se solo non possedesse; ma gli diè molto bensi di misericordia.* [P. Paolo Segneri, *Magnificat spiegato.*]

pontífice y su apóstol por toda la eternidad, dejó á Nazareth para dirigirse á las orillas del Jordan, donde Juan administraba las aguas del bautismo. Debió haber entonces entre la Santa Vírgen y su divino Hijo una tierna y solemne escena de separacion. La vida pública de Jesus iba á comenzar. Solo, pobre, salido del pueblo, sin mas recursos que su valor, su paciencia y ese don de milagros que no empleó jamas para sí mismo, iba á afrontar un órden de cosas *no bastante fuerte para resistirle, pero sí demasiado fuerte para hacerle morir* (1). La Vírgen no pudo contener un movimiento de terror al ver á Jesus lanzarse á ese mar borrascoso del mundo judáico, en que tantos y tan ilustres profetas habian naufragado. Conocia el orgullo indomable de los fariseos, el fanatismo mezquino y rencoroso de los príncipes de la Sinagoga, y los caprichos sanguinarios de Heródes Antipas: ¡conocia tambien los oráculos del Mesías, que hablaban de tormentos y de ignominia!.... La hija de los reyes de Judá, que no era de un linaje débil, y que sabia que su Hijo era Dios, no dejó por eso de tener lacerada su alma por esta primera separacion, que consideraba como el preludio y la imágen de otra todavía mas cruel. Dejó partir á Jesus sintiendo despedazársele el corazon; y cuando el sonido de sus pasos se fué perdiendo poco á poco, á medida que se alejaba; cuando se encontró sola, enteramente sola, en esa casa donde habia pasado tantas y tan dulces horas con su Hijo y su esposo, dejó caer la cabeza entre sus manos y quedó silenciosa y pensativa, como la estátua del dolor sobre la piedra de un sepulcro.

La ausencia de Cristo se prolongó bastante: la Vírgen supo con admiracion profunda, pero sin sorpresa, las maravillas de su bautismo, durante el cual la Trinidad, por decirlo así, se habia manifestado y revelado á los hombres. Díjosela que una blanca paloma estendió sus divinas alas sobre el salvador de los hombres, mientras que una voz celestial proclamaba al Hijo del Altísimo. Al gozo que recibiera por estas nuevas, siguióse una inquietud estrema, cuando supo que despues de salir de las aguas del Jordan, se habia internado Jesus solo en las profundas y peligrosas gargantas de la alta montaña de la *Cuarentena* (2), para prepararse por medio de la meditacion, de la oracion y del ayuno, á la grande obra de la salvacion del mundo. ¡Cuánto no debió sufrir su corazon maternal, al pensar que Jesus iba errante por una region estéril y desolada, donde los pájaros no pueden encontrar ni musgo para construir sus nidos, ni una flor silvestre para mantener su vida, y donde no hay mas que piedras y fuego! ¡Qué angustia cuando oia bramar á lo lejos la tempestad! ¿Dónde se hallaba Jesus? ¿Qué hacia solo, sin abrigo en esas montañas de Jericó, cuyos peligrosos senderos, cubiertos de guijarros serpean por en medio de espantosos precipicios? (3) ¡Ningun medio de salvarse tendria si acaso resbalaba á la orilla de un abismo! ¡Ningun socorro si durante este ayuno tan austero, tan largo y tan superior á las fuerzas humanas, caia de debilidad sobre el camino! Esos cuarenta dias fueron para María cuarenta siglos: la inquietud maternal hace de cada minuto pasado de este modo una eternidad; mas Jesus tornó al cabo á Nazareth con sus discípulos, y su deseada presencia fué para María como la brisa embalsamada de la primavera, despues de los dias nebulosos y helados del invierno.

Entonces fué cuando se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. Los esposos, que eran parientes de la Santa Vírgen (4), convidaron á María, á Jesus y á sus discípulos. Aceptaron todos aquella cordial invitacion; y la Vírgen, siempre buena y obsequiosa, se anticipó á los demas para ayudar á preparar el festin, en que las costumbres del país ecsigian cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunion era numerosa y la familia pobre; el esposo habia calculado mal, y el vino casi se habia agotado, cuando Nuestro Señor, que queria elevar el matrimonio al rango de las cosas santas purificándole con su presencia, entró en la sala del banquete, seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Nathanael, cuatro jóvenes pescadores, á quienes habia inspirado la confianza de su mision y de su genio.

A la mitad de la comida faltó completamente el vino, y habiéndolo observado al instante María por una seña de los esposos, volvióse hácia Jesus que se hallaba á su lado, y le dijo con santa intencion: "Ya no tienen vino!" Mas Jesus la respondió en voz baja y acentuada: "Mujer, ¿qué hay de comun entre vos y yo? Mi hora no ha llegado aun!" (5)

---

1 Mr. de Lamartine, *libro citado.*

2 El nombre de Cuarentena, dado al desierto en que ayunó Jesucristo por espacio de cuarenta dias, es debido á esta circunstancia. Este desierto se halla situado en las montañas de Jericó á una legua de esta ciudad, en la ribera occidental del Jordan. La montaña de la Cuarentena es una de las mas elevadas que se encuentran hácia el Norte, y presenta un abismo profundo en su falda como para impedir el acceso: del Poniente al Norte ofrece una cadena de rocas escarpadas que se abren en muchos lugares y forman grutas naturales. No puede llegarse hasta la cuarta parte de la altura de la montaña mas que por una pendiente rápida en estremo, sembrada de guijarros que ruedan al poner sobre ellos la planta. Cuando se ha llegado á este punto se encuentra un sendero estrecho que conduce á una especie de escalerilla rodeada de horribles precipicios, por cuya sima es preciso pasar esponiéndose á grandes peligros, ayudándose de algunas piedras salientes á que es preciso agarrarse con piés y manos, porque si faltasen estos puntos de apoyo, era inevitable la caida en el precipicio mas espantoso. [*Viajes de Jesucristo, XI.*]

3 El santo retiro donde pasó cuarenta dias el Hombre-Dios, es una gruta natural á que no se puede llegar sino despues de haber pasado por un sendero practicado en la roca. Se ha abierto un nicho en uno de sus costados como para colocar un altar. Aunque casi borradas, se distinguen aun algunas pinturas al fresco representando ángeles. Una sólida pared cierra esta especie de capilla que recibe la luz por una ventana, desde la cual no puede verse hácia abajo sin temor. (*Ibid.*)

4 La tradicion oriental que los mahometanos recibieron de los cristianos, es que San Juan Evangelista era el esposo de las bodas de Caná, y que al ver el milagro obrado por Jesucristo, dejó inmediatamente á su esposa por seguirlo.—[D'Herbelot, *Biblioteca oriental*, tom. II.—Baronius, tom. I, p. 106.] Mald. (*in Johan.*) adopta tambien esta opinion, de la que no salimos garantes.

5 La respuesta de nuestro Señor á su santa Madre debió ser, en nuestra opinion, un *aparte;* lo que se comprende por el tenor de la narracion evangélica. Parece, en efecto, imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta enigmática á su Madre; los convidados, que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para María. Obsérvase que los criados al oir lo que les dice la Santa Vírgen, ignoran la negativa aparente del Salvador.

La Vírgen, que queria evitar á sus parientes una humillacion que los habria sonrojado mucho, no desistió de su deseo á pesar de la respuesta severa y enigmática de Cristo. Juzgó, pues, que si no habia llegado aun la hora de la manifestacion, Jesus la adelantaria en consideracion á ella; y con una fé que haria mudar de sitio á las montañas, dijo con la mayor dulzura á los criados: "Haced todo lo que os diga." Habia allí seis grandes ánforas de piedra que servian para las purificaciones; pues bien, por órden de Jesus las llenaron hasta el borde del agua pura de una fuente vecina, y esta agua se convirtió al punto en un vino delicioso.

De este modo fué como la Santa Vírgen obtuvo las primicias de los milagros de su divino Hijo, doblegándose, por su intercesion caritativa, la voluntad misma de Dios.

Al milagro obrado en Caná siguieron otros muchos, que marcaron con el sello de la divinidad la mision sublime y providencial del Salvador. A su voz se calmaban las tempestades, las enfermedades humanas desaparecian, los demonios eran espelidos, y vueltos á su sombrío reino: los cadáveres se levantaban de su ataud, y en donde quiera que ponia sus benditas plantas se aliviaban y calmaban todos los dolores del cuerpo y del alma (1). Venian á él de Sidon, de Tyro, de la Idumea y de la Arabia; los pueblos agrupándose en gran número á su paso, besaban la orla de sus vestidos, y le pedian humildemente la salud y la vida, cosas que solo un Dios puede conceder.

María, á quien Nuestro Señor no habia juzgado aun conveniente asociar á su vida trabajosa y errante, escuchaba estas narraciones maravillosas con un gozo mezclado de sobresalto y con una inquieta admiracion. Sus temores y recelos eran fundados; porque si el pueblo seguia al Mesías colmándole de bendiciones, los fariseos, los escribas y los príncipes de la Sinagoga, comenzaban á escandalizarse en gran manera de la conducta del Hijo de Dios. El perdonaba los pecados.... ¡gran blasfemia! convertia á los pecadores.... ¡humillante degradacion! Curaba á los enfermos el dia del Sábado.... ¡impiedad horrible y notoria.....! Su doctrina caía de sus labios como un benéfico rocío, y no como la lluvia de la tempestad; en nada, pues, se semejaba á los antiguos profetas. El predicaba la humildad, el perdon de las injurias, la pobreza voluntaria, la limosna hecha por amor de Dios, la caridad universal....! ¿Cuál doctrina de innovador alguno pudo ser nunca como esta? A cada nueva predicacion, una multitud de enemigos se alzaba contra él, ya la hiciese en las poblaciones ó ya en el desierto. El no podia atacar á la hipocresia sin herir á los fariseos, clamar contra la avaricia, sin concitarse la animadvesion de los doctores de la ley. Los descontentos, prontos siempre á urdir tenebrosos planes que estallaban luego en locas y sangrientas revueltas, se escandalizaban de que no practicase la sedicion contra el César; los herodianos le acusaban de aspiraciones al trono, y los saduceos no podian sufrir que predicase la vida eterna. Esos hombres divididos en miras, en creencias é intereses políticos, daban tregua á sus sordas animosidades para unirse en su odio al *Galileo.* Hacian, pues, causa comun con el fin de dañarle, y se reunian contra él para perderle. Cada palabra era un lazo que le tendian, cada sonrisa de favor envolvia una traicion. Tratábanle unos sin consideracion alguna de impostor, de sedicioso y de *Samaritano*; otros insinuaban con aire de falsa compasion que no era mas que un loco; la mayor parte, la que componian los envidiosos, que se sienten ofendidos del brillo y de la superioridad de otro, cansados de las alabanzas que por do quiera prodigaba el pueblo al nuevo profeta, y no pudiendo negar sus milagros, le arrebataban el honor de ellos para atribuírselo á Satanás. "Si arroja á los demonios, decian, es por medio de Beltzebú príncipe de los demonios, *in Beelzebud, príncipe dæmoniorum ejicit dæmonia* (2)" Esos vagos rumores llenaban de temor el corazon de María, y el maligno espíritu de los que la rodeaban, no era sin duda el mas propio para tranquilizarla. De todas las ciudades de la Galilea, Nazareth era la mas incrédula y la mas endurecida á la palabra santa; de todas las familias de Nazareth, la de Jesucristo, era, á lo que parece, la única en aceptarle y reconocerle por el rey Mesías. Como el divino alumbramiento no habia sido jamas revelado á sus parientes, y los milagros de la infancia de Salvador habian acontecido en comarcas distantes, ellos no veían en el supuesto hijo de José, sino un jóven israelita, sin estudios, educado entre ellos, alimentado como ellos, y mas pobremente alojado; vestido con mas sencillez que ellos, y viviendo diariamente de un trabajo rudo y material que no le podia dar lugar sino entre las clases inferiores del pueblo.

El Cristo, que queria ennoblecer la pobreza aceptándola como un patrimonio, tuvo que sufrir las consecuencias de la obscura posicion que él mismo se habia escogido. "*Sus hermanos,* dice San Juan, no creían en él (3)." El rumor de los milagros que acompañaban á la predicacion del Evangelio, llenó de admiracion á aquellos obceca-

---

1 Un poeta musulman ha descrito en versos elegantes aquel imperio que Jesucristo ejercia sobre los males del alma, hé aquí su traduccion hecha por D'Herbelot:

"El corazon del hombre afligido saca todo su consuelo de vuestras palabras."

"El alma recobra su vida y su vigor oyendo solamente pronunciar vuestro nombre."

"Si jamas el espíritu del hombre puede elevarse á la contemplacion de los misterios de la Divinidad,"

"De vos es de quien saca sus luces para conocerlos, y sois vos quien le llenais del atractivo de que se halla penetrado."

Un cristiano no podria espresarse con mas energía y propiedad, observa el sábio orientalista.

2 El *Methnevi Manevi* hablando del odio impotente y envidioso de los judíos contra Jesucristo, espresa su opinion en estos términos sobre esos ataques tan comunes contra todo lo que obtiene un buen écsito, ataques que en último análisis no dañan sino á sus autores.—"La luna despide su luz y el perro ladra: dice " el autor persa, pero los ladridos del perro no quitan á la luna su " resplandor. Arrójanse tambien basuras en el agua corriente de " un rio, y esas basuras sobrenadan en la superficie del agua sin " que puedan ni detenerla ni ensuciarla. El Mesías por un lado re- " sucita á los muertos, y por otro ved á los judíos consumidos de " envidia, que se muerden los dedos y se arrancan la barba." (Hussien-Vaez.—D'Herbelot.)

3 San Juan, cap. VII, v. 5.

dos nazarenos sin poder convencerlos. Sabiendo que toda la Galilea saludaba á Jesus con el dictado peligroso de "Hijo de David," y que turbas de dos ó tres mil personas corrian hácia él con el deseo de oirle, temieron que estas reuniones numerosas causasen recelos á Heródes Antipas, y que fuesen perseguidos por causa del jóven profeta. Poseidos de esta idea, se apresuraban á decir públicamente que Jesus era un insensato, y juraron que ellos mismos le conducirian á Nazareth con una buena escolta. Ocultando á María este complot de familia, se la llevaron consigo á Cafarnaúm, á fin de servirse de su nombre como de una autoridad, para poder llegar fácilmente hasta Jesus (1).

El Mesías enseñaba en la Sinagoga, en medio de una muchedumbre que le oía atenta y respetuosa, á tiempo que llegaron los nazarenos. Haciendo muestra de una autorizacion que deseaban hacer valer mucho á los ojos de la multitud, como lo observa San Juan Crisóstomo, indicaron deliberadamente al Salvador que su Madre y sus hermanos le aguardaban fuera de allí; pero Jesucristo, leyendo en el pensamiento de sus parientes segun la carne, y asiéndose de esta ocasion para ensanchar los estrechos límites de la ley antigua, adoptando solemnemente y sin escepcion de personas á toda la gran familia humana, dió esta respuesta admirable al mensaje indiscreto y capcioso de sus parientes: "¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos?" Y luego, paseando sus ojos por todos sus discípulos, añadió estas palabras: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la practican." Despues de esta severa reprimenda, que los hijos de Alfeo pudieron comprender, Jesus salió al momento, dice San Juan Crisóstomo, *para tributar á su Madre todo el respeto que el bien parecer ecsigía de él.*

Luego que hubo saludado á María y que se hubo detenido con ella algun tiempo á la orilla del mar, el Salvador subió á una barca desde donde se puso á enseñar al pueblo. La Vírgen, confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchaba en religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos, embargados por aquella elocuencia irresistible y por la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos si era en efecto el hijo de María: ellos esperimentaban esa especie de fascinacion que entumece y encanta á la serpiente de los desiertos de la América del Sud, cuando oye en el fondo de los bosques las suaves armonías que la atraen. Habian venido con la presteza que inspira el temor, con la elocuencia que anima el egoísmo, con la arrogancia de la superioridad, para apartar á Cristo de su mision comprometida y peligrosa, y flaquearon al fijar sobre ellos una sola mirada, hasta el punto de no osar desplegar los lábios en su presencia. Así lo indica claramente el testo de San Márcos, quien despues de habernos iniciado en las intenciones hostiles de los hijos de Alfeo, no deja entender en ningun otro pasaje de sus escritos, que ellos se atreviesen á hablar siquiera á Nuestro Señor.

Algun tiempo despues, Jesus volvió á Nazareth. Grande fué el gozo de la Santa Vírgen. Ver á su Hijo sentarse sobre la misma estera en que se sentaba cuando niño; comer el pan que habia partido bendiciéndole; conducirle ocultamente á la cabecera de algun enfermo á quien volvia la salud, encargándole el secreto; ver, en fin, poderoso en palabras y en obras, al que habia sido por tanto tiempo el hombre del silencio y del trabajo, era demasiada dicha en la copa de su ecsistencia! Así, pues, Dios que aflige muchas veces á los que mas ama, vertió luego en aquella copa una gota de amarga hiel. El dia del sábado, el Hijo y la Madre se dirigieron juntos á la Sinagoga. Un gran concurso de pueblo se habia reunido allí para ver y oir á Jesus; mas el zelo y solicitud de los nazarenos no tenia aquel carácter de respeto y confianza que Cristo habia encontrado tan frecuentemnte en otras partes. Estaban allí, pero manifestándose de antemano escandalizados de lo que iba á decir y hacer el Hijo de María, y perfectamente dispuestos á arrojarle la primera piedra, si la ocasion se prestaba á ello.

Hay países decididamente hostiles á todo lo que les honra y distingue, hasta que la yerba del cementerio crece sobre la sepultura de lo que fué el objeto de su encono y envidia.

Uno de los ancianos presentó al Salvador de los hombres el libro del profeta Isaías, y Jesus desenrollando el pergamino, leyó este pasaje con una gracia sencilla y una dignidad maravillosa: "El espíritu del Señor ha descendido sobre mí; por esto me ha consagrado con su uncion: él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazon lacerado, para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista; para poner en libertad á los que sufren entre cadenas; para anunciar el triunfo del Señor."

Cerrando entonces el libro se sentó, y hablando con aquella elocuencia viva y natural que impresionaba tan fuertemente á sus oyentes, se hizo la aplicacion del oráculo mesiánico, y enseñó, no como un discípulo, sino como un maestro de la Sinagoga. Un sordo murmullo circuló en la numerosa asamblea: unos se maravillaban de la fuerza y de la gracia de sus discursos, mientras que otros, fieles á su sistema de difamacion despreciativa, decian en tono muy perceptible: "¿No es este el hijo del carpintero?" Y Jesus, penetrando sus pensamientos y leyendo como en un libro abierto en aquellos corazones falsos y envidiosos, les arrojó estas palabras tan verdaderas que han venido á ser proverbiales: "Un profeta en todas partes es honrado, menos en su patria, en su casa, y entre sus parientes." Como él sabia que llevaban la intencion de pedirle que obrase algun prodigio semejante á los de Cafarnaúm, les dijo claramente que su incredulidad les habia hecho indignos de ellos, y que para obtener milagros es preciso solicitarlos con fé. Aludiendo despues á la propaga-

1 San Márcos, cap. III, v. 21, 23, 32, 33, 34, 35.

cion de su Evangelio, y á aquel olivo silvestre ingertado en el antiguo tronco de la Sinagoga que simbolizaba la vocacion de los gentiles: "Yo os digo en verdad que habia muchas viudas en Israel en el tiempo de Elias, cuando dejó de llover durante tres años y seis meses, y una hambre horrorosa en toda la tierra; y sin embargo, Elias no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una mujer de Sarepta en el país de los Sidonios. Habia tambien muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y sin embargo, ninguno de ellos fué curado, sino únicamente Naam que era de Siria."

Estas últimas palabras fueron como la gota de agua que hace rebosar el vaso. Heridos en su orgullo nacional, en sus ódios hereditarios, en sus esperanzas tradicionales, todos los de la Sinagoga llenáronse de un furor que queria sangre: *Se levantaron en tumulto, arrojaron á Jesus fuera de la ciudad, conduciéndole hasta la punta de la montaña en que estaba edificada, con el fin de precipitarle.*

Sentada entre las mujeres del pueblo, en una tribuna enrejada, la Vírgen habia estado observando con una ansiedad mezclada de espanto los progresos crecientes de la tormenta. Leyendo los proyectos siniestros de los nazarenos en sus hoscas miradas y en sus gestos furiosos, no titubeó en afrontar el peligro para abrirse paso hasta donde se hallaba su Hijo; pero sus fuerzas engañaron su valor. Esos judíos que siempre tuvieron los piés tan ligeros para derramar sangre, corrian presurosos, y María temblando como la hoja en el árbol, y pudiendo apenas sostenerse, marchaba lejos tras ellos como en un estraño enagenamiento. Ella vé á Jesus en la cumbre de la escarpada roca que domina un horroroso precipicio; oye desde lejos los gritos de muerte; se doblan sus rodillas, una nube se estiende sobre sus ojos, su voz espira en un gemido doloroso, y cae desfallecida, como una rama que ha roto á su paso el viento de la tempestad, quedando postrada con la faz en la tierra sobre la falda de la colina [1].

Entre tanto, los lobos encarnizados en la persecucion del Cordero, habian sido burlados en sus intentos: la hora del sacrificio no habia sonado todavia para el Hijo del Hombre, y ninguno podia tomar su vida si él no se la entregaba. Tocando de ceguera [2] á aquella turba homicida, Jesus pasó en medio de sus enemigos sin ser conocido, y tomó de nuevo el camino de Cafarnaúm, á donde se le reunieron su Madre, María Cleofas y los hijos de Alfeo.

Jesus, despues de haber predicado el Evangelio en las orillas del bello lago de Tiberiades, cuyas olas brillan como la luz, y haber obrado el gran milagro de la multiplicacion de los panes en el desierto de Betsaida, remontó el Jordan con sus discípulos, para ir á Cesarea de Filipo, la antigua Dan de Nephtalí, á quien Filipo, hijo de Heródes, acababa de cambiar el nombre, y visitó de paso los pueblos y las aldeas situados en el camino.

En esta época probablemente, porque Eutimio (3) que cuenta aquel hecho tradicional deja la fecha indecisa, cuando en las aguas ya santificadas del Jordan tuvo lugar una santa y tierna ceremonia. Jesus, la Vírgen y los Apóstoles, se dirigieron un dia al salir el sol, hácia este rio profundamente encajonado, y corriendo entre dos lagos, como dice Tácito, va á arrojarse en el tercero (4). Una vegetacion magnífica adorna sus orillas; acá y allá se levantan de su húmedo seno pequeños islotes, estendiéndose cual graciosos canastillos de verdura, de fruta y de flores, en medio de las doradas ondas: las garzas azules se cernian sobre estas floridas islas donde las palomas campesinas y las tortolillas blancas, suspenden todavia sus nidos de musgo de las ramas de los ganados silvestres. El rocio brilla como el aljofar sobre el verde follaje de los árboles, y los juncos del Jordan que ocultan alguna vez á los tigres, se inclinaban suavemente al impulso de la ligera brisa que agitaba las cimas de las palmeras, de donde pendian bellos racimos de dátiles color de coral. A lo lejos, en la ribera opuesta, se veían pacer numerosos rebaños de gacelas sobre los declives de las altas montañas grises y jaspeadas de rojo; y en las llanuras arenosas volaban sobre sus corceles rápidos como el viento, algunos feroces hijos del desierto, armados con aquellas largas lanzas de cañas de las riberas del Eufrates, de las cuales se sirvieron desde los tiempos que sucedieron al diluvio, si ha de creerse á las leyendas persas (5). Algunas nubecillas de un violeta del mas rico tinte, ó de un color de rosa dulce y pálido, flotaban como bellas flores sobre el fondo azul del firmamento; y el ruiseñor hacia oir sus melodiosos trinos entre el ramaje de los altos sicómoros que sombrean el rio sagrado de la Palestina. La naturaleza estaba de fiesta para el bautismo de María.

La Vírgen se hallaba vestida toda de blanco segun la costumbre de los hebreos, cuando figuraban

1 "Entre la montaña escarpada en que los judíos habian formado el proyecto de precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, descúbrense á mitad del camino, dice el P. de Geram, las ruinas de un monasterio habitado en otro tiempo por unos religiosos, y las de una iglesia muy hermosa edificada por Santa Elena y dedicada á la Santa Vírgen, bajo el título de Nuestra Señora del *Tremore*, ó sea del temblor. Segun algunos autores, María se hallaba ya en este lugar cuando los judíos conducian á su Hijo hácia la cumbre de la montaña para precipitarle. Segun otros, á la primera noticia de los homicidas proyectos de esos hombres furiosos, ella corrió allí apresuradamente, pero llegó ya demasiado tarde; sobrecogida de espanto, *no pudo pasar mas adelante.*

2 Los mas antiguos herejes, abriendo la puerta al racionalismo moderno, que se adorna sin decirlo con los viejos andrajos, pretenden que nuestro Señor habia pasado gracias á una ilusion producida por una niebla, *illudere per caliginem.* Tertuliano se declara enérgicamente contra esta suposicion. (*Ado. Mare*, 4, 8.)

3 Segun San Eutimio, Nuestro Señor no bautizó mas que á la Santísima Vírgen y San Pedro, quien bautizó despues á los demas apóstoles. "*Algunos*, dice este Santo escritor, que floreció en Palestina en el cuarto siglo, *han escrito que el mismo Jesucristo bautizó á la Santa Vírgen y á San Pedro.*

4 *Nec Jordanes pelago accipitur: sed unum atque alterum lacum interger perfluit; tertio retinetur.* Tacit Historiarum. lib. V.)

5 Crecen á las márgenes del Eufrates cañas que valen tanto como los mambús de las Indias. Desde los primeros tiempos se sirvieron de ellas para sus lanzas los árabes y los asirios. (Firdousi, *El libro de los Reyes.*)

aisladamente en alguna ceremonia religiosa, y se mantenia grave y profundamente recogida al lado de su Hijo y de su Salvador; ellos entraron juntos en el rio: Levantando entonces con su mano divina el velo oriental de su bella y casta Madre, CRISTO fijó sobre ella su dulce y penetrante mirada con una ternura infinita; y despues dejó caer sobre la frente de la Vírgen sin mancha, el agua sagrada que regenera para la vida eterna, y El que era una de las Tres Divinas Personas, la bautizó en el nombre de la Santísima Trinidad.

Desde entonces la Santa Vírgen dejó sus costumbres solitarias para seguir á su Hijo en sus viajes. Ella le habia servido durante treinta años en la tierra estranjera y en el país de sus abuelos; habia trabajado para El, llorado sobre El, sufrido por El, y como nos lo dice Alberto el Grande, le habia adorado continuamente de dia y de noche, desde que el Niño todavia exhalaba en su cuna tiernos vagidos. Era, pues, natural, que adhiriéndose á su suerte perseguida, abandonase el techo pacífico que la habia visto nacer, para seguir sus huellas benditas, en tanto que predicaba el Evangelio á los hebreos.

En medio de esa vida de agitacion y de lágrimas, la Vírgen fué admirable como lo habia sido en todas ocasiones. Amando á Jesus como ninguna madre ha amado nunca á su hijo, y siendo la única que podia llevar este amor sin cometer pecado, hasta los límites de la adoracion, jamas quiso convertir su influencia en provecho de su ternura maternal, distrayéndole de los momentos cortos y preciosos de su mision regeneradora; jamas le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus previsiones siniestras ni de sus necesidades personales. María no era solamente una paloma santa que se esconde en el hueco de una peña, una vírgen pura destinada á alimentar con su leche y á mecer en sus brazos al Hijo del Eterno; era una mujer fuerte que el Señor se complacia en colocar sucesivamente en todas las situaciones de la vida, á fin de dejar á todas las personas de su secso un ejemplo que seguir y un modelo que imitar.

No hubiera sido conveniente que la Madre de Dios siguiese sola á Jesus y á sus apóstoles por toda la Judea; así pues, Maria Cleofas, madre de Santiago, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los *hermanos del* SEÑOR; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, á quienes el Salvador amaba mucho; Susana, mujer del intendente del Tetrarca, y algunas galileas, que habiendo estado en la opulencia se habian hecho pobres por Jesucristo, componian el acompañamiento de María. Entre las últimas habia una jóven judía, rica, noble y de una deslumbrante hermosura, la cual se manifestaba mas tiernamente adicta á la divina Madre de su Señor. Esa mujer, cuyo corazon ardiente, pero combatido por las tormentas como las olas del mar Egeo; habia alimentado mil llamas impuras á la faz del mundo, y desafiado la pública opinion con desdeñosa burla é insultante menosprecio; habia venido sumisa y penitente á inclinar su altiva cabeza á los piés de CRISTO, y á pedirle al que reconocia por su Dios la curacion de los males de su alma; y el casto amor del Señor habia absorbido todos los vanos amores y todas las inclinaciones mundanas de la jóven cortesana de Mágdalo. Ella habia pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y sus pedrerías, vendido su palacio, edificado entre bosques de adelfas y laureles que ciñen las costas del hermoso mar de Galilea, y despues, sin otro adorno que una tosca túnica y sueltos sus magníficos cabellos con que habia enjugado los piés del Señor, la jóven patricia, rica de sus limosnas, y ataviada con sus virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno puro y misericordioso de María. La Vírgen Inmaculada habia recibido en sus brazos y acogido en su corazon á la escandalosa pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil, pero largo tiempo inculto, las flores que se abrian para el cielo.

Despues de muchos sufrimientos y terrores que seria largo referir, la Vírgen entró en Jerusalen, la ciudad fatal, en seguimiento de Jesucristo para celebrar la última pascua que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en gran número al encuentro del Hijo de David, que venia hácia ellos lleno de dulzura, montado como era la costumbre entre los jóvenes príncipes de su linaje, y recibiendo con benignidad los sencillos honores que esa multitud deseosa de ver á su profeta, le ofrecia espontáneamente; porque Jesucristo no desechó jamas los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecieron sus criaturas. Por poco que fuesen esas muestras de afeccion y de agradecimiento, eran aceptadas con una bondad divina desde el momento en que salian del corazon.

Magdalena, contemplando alternativamente á su Señor y á aquella multitud de pueblo que hacia resonar el aire con su *hossana* y aclamaciones, lloraba dulcemente bajo su velo. María tenia tambien los ojos humedecidos, pero sus miradas se volvian hácia el Noroeste en direccion al Calvario.

CAPITULO XVII.

MARIA EN EL CALVARIO.

Las palmas que los hijós de los hebreos habian arrojado bajo los piés de Cristo, cubrian todavía con sus verdes hojas el áspero camino de Bethania; el eco del valle de los cedros (1) repetian aún los últimos sonidos de las aclamaciones de gozo y de triunfo con que la hija de Sion habia saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalen fué profundamente conmovida por un acontecimiento tan grande y tan triste cual no ha habido otro en la historia del mundo.

Los príncipes de los sacerdotes, los sendores y los fariseos, deseaban apoderarse aunque fuese á precio de oro y sin desechar ni aun el medio de la traicion doméstica, de *un gran culpable* que ponia en grave riesgo, segun decian ellos, el culto del Estado. Preciso era, en efecto, que este hombre fuese muy peligroso; pues aquellos *respetables* personajes se habian impuesto un ayuno estraordinario, para conseguir su designio, y habian hecho asimismo, á son de trompeta, diversas limosnas en la ciudad (1). Los fariseos, esos judíos de *conciencia* que no robaban sino á los incircuncisos, y que por escrúpulo de ocuparse en algo habrian dejado á su prójimo ahogarse en el fondo de un pozo en el dia del sábado; pero que sí habrian sacado prontamente á su buey ó su asno; estos hombres, repetimos, fueron los que se encargaron de esparcir entre el pueblo, tan fácil de seducir y fascinar, rumores alarmantes y vagas noticias que le habian puesto en una especie de inquietud febril, la cual era muy posible que le precipitase en un acceso de ferocidad. Estando así las cosas, se vió una noche descender del monte Moria una tropa bien armada, entre la cual se hallaban algunos senadores, y que mandaba el capitan de los guardias del templo (2); los criados de los príncipes de los sacerdotes venian despues, y á la cabeza de este batallon que marchaba con paso mesurado á la luz de antorchas de resina y de esas grandes linternas que los asiáticos ponen al estremo de largos palos á fin de elevarlas en alto; al frente, repetimos, de esta turba se veía á un hombre de frente comprimida, de mirar receloso y fisonomía abyecta, cuyo cinto estaba henchido del oro defraudado á los pobres (3), al que reunia ya en su imaginacion los treinta siclos de plata que iba á ganar entregando á los príncipes de la Sinagoga, (demasiado judíos para pagar adelantada una traicion), á su maestro, á su amigo, á su Dios! Porque era el hijo de David, el triunfador de la víspera, Jesus de Nazareth, el gran profeta galileo á cuya voz la muerte avara soltaba su presa, y á cuyo mandato se aplacaban los vientos y se amansaban las olas; era á El, en fin, á quien los sicarios de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos iban á buscar en la montaña de los Olivos, á donde segun refiere San Lúcas se retiraba en la noche despues de haber enseñado en el templo. No se habrian atrevido á prenderle á la luz del dia, temiendo la resistencia que opondría la multitud de discípulos que desde muy temprano venian á escucharlo bajo el pórtico del templo de Salomon.

La tropa armada y conducida por Iscariote franqueó el paso al traves de una estrecha barranca por donde corre el Cedron, ese torrente de aguas tenebrosas (4) que vió pasar al rey David cuando huía con solo un puñado de fieles servidores, de la soldadesca sublevada por su hijo Absalón. En tanto que los soldados del templo seguian silenciosos y feroces las orillas del torrente, donde se reflejaba la luz de sus antorchas, á fin de ganar las alturas de Gethsemaní, y cuando el viento de la noche agitaba la larga cabellera de los sauces, que debian ver muy pronto á Judas suspendido de una de sus ramas, suplicio demasiado suave para un traidor semejante, pero al que añade continuamente alguna cosa el eterno desprecio de las generaciones que se succeden sobre la tierra; mientras que esto sucedia, decimos, una escena selemnemente triste pasaba en aquel jardin de los Olivos, á donde el indigno apóstol iba á buscar á su Maestro para perderle.

Despues de haber orado largo tiempo con el rostro pegado á la tierra, y de haber sufrido aquella congojosa agonía que cubrió su divina frente de un sudor de sangre, el Salvador de los hombres se alzó del suelo penetrado de una sumisa resignacion á la terrible voluntad de su Padre, y dispuesto á apurar hasta las heces el cáliz de amargura en que se contenian todas las miserias y desdichas humanas. Levantó sus grandes ojos, dulces y penetrantes, hácia el estrellado cielo, en lo alto del cual brillaba la luna, esa bella lámpara del firmamento, cuyos apacibles y benéficos resplandores bendecian los hijos de Abraham en sus oraciones (5): era la noche del plenilunio; así es que un velo transparente de luz cubria todo aquel austero paisage, cuyas sombrías montañas se destacaban sobre el límpido azul de los cielos. Jerusalén medio sumergida en las sombras y espléndidamente iluminada á trechos, enviaba á lo léjos los efluvios aromáticos de las raras plantas de sus jardines, y balanceaban al soplo de la fragante brisa los gallardos ramos de sus palmeras, de en medio de los cuales se elevaban blancas torres de pulido mármol. El silencio era profundo de la parte de las montañas, pero un ligero y sordo murmullo se oía salir del fondo del valle; Jesus se estremeció: ¡son ellos! se dijo á sí mismo; y en seguida se dirigió lentamente hácia el paraje á donde habia dejado á aquellos tres discípulos que escogió entre todos para que le

---

1 *Valle de los Cedros*, que era el antiguo nombre de Valle de Josaphat.

1 Hállase esta anécdota en el *Toldos* publicado por Huldric, pags. 56 y 60.

2 Este empleo es conocido por el Evangelio, que habla frecuentemente de estos capitanes del templo, á quienes distingue del comandante romano que vigilaba con su cohorte en torno de este grande edificio, para impedir los agolpamientos de la gente y los desórdenes que la multitud podia causar. Los capitanes de que hablamos eran necesariamente judíos y se elegian entre las familias sacerdotales; confiándoles con las llaves la guardia del templo á fin de proveer á la seguridad del tesoro y de los vasos sagrados; ademas, en virtud de su nacimiento tenian la libertad de entrar en todos los consejos de los sacerdotes. [Basnage, libro I, cap. 4.]

3 Entonces Judas Iscariote, que era el que habia de traicionar á Jesus, dijo: "¿Por qué mejor no se venden esos perfumes en trescientos dineros para dárselos á los pobres?" Y esto decia, no por compasion á los pobres, sino que como era ladron y él llevaba la bolsa del dinero. queria introducir en ella esa suma. San Juan, cap. XII, v. 4, 5 y 6.

4 El *Cedron* es un torrente que pasa por el valle de Josaphat entre Jerusalen y la montaña de los Olivos. Se le llamó *Cedron* porque tiene su curso por entre oscuras profundidades: su nombre hebreo significa *tenebrosus fuit*.

5 El dia de la luna nueva es festivo para los hebreos; las mujeres se abstienen del trabajo y los devotos ayunan desde la víspera. Despues de haber leido cierto número de súplicas en la Sinagoga, se daba en seguida un banquete, en el que reinaba el mayor regocijo. Tres dias despues se reunian los judíos en una plataforma en donde se ponian á mirar fijamente la luna, y bendecian á Dios por medio de una larga oracion de haberla criado, y porque la renueva constantemente para enseñar de este modo á los israelitas que deben tambien renovarse las criaturas. *¡Oh luna! bendito sea tu Criador, bendito sea Aquel que te ha hecho!* y entonces saltan tres veces lo mas alto que pueden, diciendo: *Como nos saltamos hácia ti sin poder tocarte, puedan nuestros enemigos levantarse sin poder llegar á nosotros....* [Basnage, libro VII, cap. 16.]